

Locura y Occidente

JUAN CARVAJAL

No hay que desdeñar a un amante apasionado y abandonarse al hombre sin amor, por la sola razón de estar el uno delirante y el otro en su sano juicio. Esto sería bueno si fuese evidente que el delirio es un mal; pero es todo lo contrario; al delirio inspirado por los dioses es al que somos deudores de los más grandes bienes.

Platón, *Fedro o de la Belleza*

Un aliento de locura pareciera traer bajo sus alas el espíritu de ciertos estratos de la creación artística. Y precisa y paradójicamente de aquellos que de manera enorme hacen crecer el ámbito de la interpretación intelectual, de la razón y el juicio mismos. De manera tal que nuestra prehistoria mental no se reconocería sin ese impulso, y pretender trazar un *disegno* de su estructura equivaldría, de todas formas, a trazar el mapa mismo de la sinrazón, empresa no menos desquiciada. Pero no menos ineludible. En este instante, algo en el razonar vuelve perentorio querer —quizá necesitar— la definición de ambas; algo que nos permite o bien obliga a pensar que loco sería sólo aquel que no se reconoce como tal. Esta compleja cuan sutil diferenciación quedará siempre como exclusividad del dominio de lo que llamamos ciencia, territorio finalmente tan mutable e inasible como el que llamamos poesía, pero que nos permite reposar en él cuando decimos “la ciencia dice”, todo lo contrario de cuando enunciamos, con igual irresponsabilidad, que tal cosa pertenece a la dimensión de la inquietante poesía.

La poesía queda pues adscrita a la locura y opera a la vez como redentora de ésta. La mala fama que goza la locura en Occidente, sin embargo, no fue siempre tan mala. Ya Platón el Inmenso nos dice que el poeta que no está bajo la tiranía del delirio no es un poeta que se respete. Luego, este *mal* no es necesariamente algo de lo cual debamos curarnos. Al contrario, él permite al poeta penetrar a los reinos de una más alta gracia, de la belleza y la verdad, ambas mayúsculas dimensiones del ser. Pero si el poeta sólo en tanto héroe o predestinado, que sin duda son lo mismo, puede penetrar en esa dimensión sacrosanta, nosotros, lectores recipiendarios de los

frutos de aquella región sagrada, no podemos sino ser iguales a él en el instante de la comunión con su espíritu que nos funda y en el cual, como en ninguna otra parte, nos reconocemos. Aquí, al amparo de la poesía —digamos la belleza— no es un desdoro aceptarnos fundados en la sinrazón. Sin embargo, semejante altura y armonía en la fusión de los contrarios sólo pudo darse al parecer entre los purísimos griegos. El mal vino después, contaminado del bajunamente organizacional espíritu judeo-cristiano, para el cual las altas voces delirantes que no podían servir a las necesidades tribales en su acepción político-religiosa, que en ellos fue lo mismo, carecían de utilidad o valor trascendente (a pesar de su robusta tradición de delirantes profetas) y fueron rechazadas como manifestaciones provenientes de la sola *dementia*, es decir, de cuanta expresión no estuviera en la colectividad *ad usum vulgaris*.

Por supuesto los griegos también reconocían una forma de locura no encantadora y que conducía a quien era su víctima a la perdición; pero esta locura, de todas maneras no parecía ser sino una equivocada forma operacional de la confusión. La que Platón consideraba locura óptima era entendida como un bien celeste y en el *Fedro* se nos transmite que “los mayores bienes nos son otorgados por medio de una locura, que es un don divino”. Así la poesía, como antes dijimos. Luego, la (antigua) locura pertenece a una forma o región privilegiada del ser, a la que le son propios modos y funciones que la razón envidia, entre los cuales están el dionisiaco entusiasmo y el amor, nada menos. Declarar que el amor es el patrimonio de la locura sería ya una especie de abuso y la más segura exhortación a volvernos *dementis fidelis* si omitiéramos que la *Ratio*, la Lógica, el divino *Logos*, son los primeros nombres y atribuciones de la divinidad. Ambas operaciones, locura y lógica son, pues, nuestro fundamento, ¿cómo, y para qué, separarlas?¹ Pero claro, estos

¹ Mis diccionarios filosóficos laicos, Abbagnano, Foulquié, Lalande, no las separan, locura y lógica van juntas en el ordenamiento de los incisos; en el católico de la Biblioteca Herder, de Walter Brugger, la voz locura está púdicamente suprimida, pudibundez que es un escándalo y un atentado a la razón.

divinos gemelos se necesitan para ser plenamente sólo en la medida en que de manera indebida se contraponen.²

Aquí salta (y sobresalta) la voz *fantasía* reclamando ingentes prioridades. El fantasear y lo fantasmático han sido considerados de suyo actividades manifiestamente antipódicas del pensar. Su borrosa condición, no obstante, las identifica igualmente con la representación primera y última que nos hacemos de las cosas en nuestra percepción y memoria de ellas, con las imágenes mismas que de todo acto aparecen y conservamos a la postre en nuestro espíritu. No deja de ser contradictorio que experimentemos el vivir como un teatro de fantasmagóricas representaciones y neguemos al mismo tiempo su naturaleza fundadora. Se llegará incluso a identificar el término fantasía con el de locura, no obstante aceptar que de ella, la fantasía, brota el deslumbrante orbe de los cuentos de hadas (y toda la llamada fantasía infantil), los relatos primitivos, los cuentos de fantasmas y “aparecidos” y hasta las complejas, inacabables, laberínticas y eternas mitologías, las leyendas. Luego, la fantasía también delira, y tan bien; ella, a quien tanto —como a la imaginación misma— deberemos y no podremos nunca, por fortuna, pagar. ¿Y sabe usted a quién sí deberemos el más nítido deslinde en términos de separación de entrambas aguas procelosas? A un obeso y alado escritor inglés que bailaba al desenfrenado ritmo de Chesterton: “Lo que está más cerca de la locura no es la fantasía, sino la razón *sin fantasía*.”

Pero nadie se baña dos veces en el mismo río, aunque se ahogue mil veces en las mismas aguas. La *locura amorosa*, el regalo más comprometedor y preciado que deberemos a Platón el Divino, proviene de un lugar cuya altura no se mide en *verstas*, y le basta para apoderarse de nosotros con el solo *recuerdo*. Esta purísima *dementia* y su incontenible cascada de estupores se apodera de cada uno cuando, en presencia de cualquiera de las bellas cosas del mundo, nos dejamos invadir (¿pero por medio de qué *praxis*, de qué gimnasia del cuerpo, de los sentidos, del alma?) por el recuerdo de la belleza *ideal*, la contemplada por nosotros en el *topos uranos* antes de que se produjera la *caída* de nuestro nacer. ¿Te acuerdas? Esta locura es justamente lo que nos salva, a través del amor o de la poesía, de la artificiosa y árida (por pedante) sabiduría que imagina posible el vivir sin amar, entender sin volverse la cosa entendida. Esta demencia es una venerable criatura vestida con los suntuosos andrajos de la compasión, con la incambiable dulzura de las penas de amar.

Quizá de esta antiquísima rememoración humana derive el respeto que aún nos inspira la locura como entidad cercana a lo divino y por eso el loco irradia en torno suyo para la colectividad un aura de temibles prestigios: está más cercano que los demás a lo sagrado, a lo que no se soporta mirar de



frente, “a lo que no podemos aproximarnos sin morir”. La sacralidad de la locura es una estancia tenebrosa y radiante que debemos preservar menos por respeto a ella que por elemental cuidado de nosotros, a quienes su sola sombra bastaría para fulminarnos si por inadvertido desprendimiento de la coraza racional, o de la mera desatención, nos acercáramos a ella, que no es sino reflejo de la sacralidad mayor, de lo divino. Por eso, aquellos *desdichados* —en el sentido de Nerval—, que penetran más hondamente en ese reino de tinieblas (no de luz, que es la ignorancia en que vivimos) para traer hasta nosotros con el corazón abierto la carga de lo fatal, los Hölderlin, los Nietzsche, para mencionar sólo a dos joyas de la negra corona, regresan al orbe de los humanos para despertar una sobrecogedora reverencia, convertidos en la punta de lanza de nuestro empeño último, la postrera nota de nuestra verdad. *El desdichado* de Gérard de Nerval trae consigo tan suntuosa carga de arrogancias porque viene de ese lugar sagrado y sin estrellas, constelado con la sola principesca presencia del sí mismo ante la Nada. Ese príncipe soberbio y andrajoso (loco y Nerval mismo) penetró en el más allá del ser y lo que en verdad nos cuenta con su canto encantador es que él *nadó* en la gruta en que *sueñan* las sirenas. La poesía occidental se ve así *tutelada*, desde sus helénicos orígenes, por este estremecido numen de la inminencia sagrada que viene de los trágicos —¿por qué lo trágico es tan arcaico?— a través de las edades oscuras hasta la más solemne y venerable de las figuras poéticas del Occidente creador (pleonismo) moderno, Dante de los Alighieri, que trazó para los hombres de este lado del mundo el indeleble itinerario del Infierno de todos conocido, a la par que el de los cielos que sólo Ella conoce. De su *Commedia* vendrán los grandes locos shakespearianos, insuperadas dimensiones del espejo en que se reconoce nuestro espíritu. O los desaforados

² Digo indebidamente, aunque en la moderna estructura anatómica la razón se encuentra aposentada en la zona de más reciente data evolutiva: los lóbulos frontales cerebrales, una zona quizá posmoderna; en tanto que las emociones están confinadas en una de las zonas más antiguas, casi arcaica: el circuito límbico.

impulsos de esos demonios de las tundras que son los Karamazov, nuestros hermanos.

La locura, como la belleza, la poesía y el amor, producen terror, el sacrosanto sentimiento. Y todos contagian, y dan pena. Su prodigioso misterio encierra y despide una peligrosa energía imposible de controlar e instantáneamente contagiosa —aunque, por desgracia, sólo para los que son proclives. ¿Cómo se preserva de semejantes peligros el hombre? Erigiendo en su contra el concepto de *enfermedad*, por más que los conceptos de enfermedad y salud sean afines y aparezcan sólo y siempre dentro de una oscilante ambigüedad. La enfermedad que transmiten tales virus debe nacer de una poderosa salud y, puesta al servicio de ésta, es el mayor signo de vigor al que se puede aspirar. En tanto que la salud, entendida en el sentido de la medicina, se convierte, en un sentido estricto, en el signo de la enfermedad. El filósofo Nietzsche denuncia en reiteradas ocasiones con total desprecio la estupidez de quienes, imbuidos del sentimiento de su propia salud, se alejan de todo lo que es extraño a la misma. Ciertamente no es una ventaja para el ser humano escoger la *stultitia* a la *dementia*, la ataraxia a la pasión:

La salud y la enfermedad no son esencialmente diversas... no se las debe convertir en principios o en entidades distintas. De hecho entre estos dos tipos de la existencia hay sólo una diferencia de grado... No existe una salud en sí misma. Te corresponde conocer tu fin, para determinar aquello que, aun para tu cuerpo, debe significar la salud... El concepto de salud



normal, otra vez, tiene que ser apartado. En verdad, para alguno, la salud tiene tal aspecto que, para otro, sería lo contrario de ella. Incluso no se piensa que la salud, por ejemplo, constituye una meta fija.

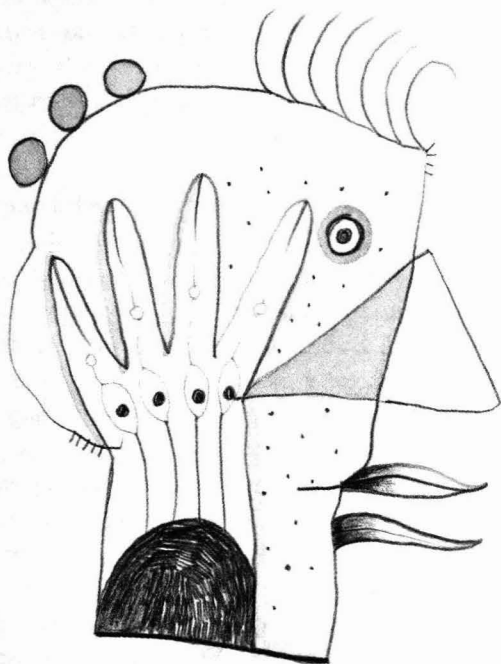
Finalmente caracteriza así el vil método de los filisteos de la cultura: "Para ayudar a sus hábitos, maneras de ver, repugnancias y simpatías, inventan una fórmula de efecto general: la salud, y dejan de lado toda incómoda molestia con la suposición de que ella es enfermiza y exaltada." Para Nietzsche, por el contrario, toda su cosmogonía lo lleva a comprobar que "Es un hecho fatal que el 'espíritu' debe inclinarse con particular simpatía ante lo enfermizo y desventajoso". Razón y sinrazón, como extremos ineludibles de la mente, no pueden tocarse sin riesgo de perder cada cual su naturaleza que, a la vez, es el límite por el que prospera la otra, cada una germen de su opuesto. Pero, incesante dualidad, *quieren* separarse cuanto fundirse en su otredad a cada instante. Son el bien y el mal que luchan por dominar a su contrario, pero que, en cuanto adquieren un mayor peso en la balanza eterna, no pueden no querer absorber al otro para asimilarlo a sí y de esta manera anularlo. Ese erótico impulso los lleva a su inevitable destrucción pues *el uno nunca podrá ser el otro*. Los dos sirven a la mente y son necesarios para el desarrollo y permanencia del ser, que vive de y en ambos; la locura sagrada destruye y engendra, en tanto la razón preserva y acrecienta, ambas inagotables fuentes de la vida.

La antigua iconografía popular, hasta la edad romántica y que pervive en las sociedades primitivas, identifica uno de los polos de la locura, de la enfermedad sagrada, con el Demonio, que es una trasmutación de Dionisos, agente del vértigo, el éxtasis y la embriaguez divina pero también del mal. Al demonio se opone el bien, la salud, Dios. El demonio es tentador porque seduce con una sucesión de inagotables atractivos a los cuales puede acceder el adepto si consiente ser arrastrado, raptado, a su demencial reino de tinieblas que no obstante está más cerca del ámbito poético que el reino de la lógica y la luz, la religión. A este respecto ha devenido clásico el debate sobre la superioridad poética del *Inferno* sobre el *Paradiso* en la *Commedia*: nadie duda sobre la elección del primero y sirve de argumento para mostrar la mayor cercanía de Dante con las potencias infernales. Sin embargo aquí permanece actuando el mismo juego de contrarios. San Agustín declara que ante lo divino experimenta a la vez un sentimiento de miedo y un impulso de atracción, pues su horror procede del conocimiento de la absoluta diferencia que separa su ser del ser de lo sagrado, mientras que su fervor nace de la contemplación de su identidad profunda: *Et inhorresco, et inardesco*, escribió.

Esta dialéctica de lo demoniaco-divino, como la de la razón-locura, es una dialéctica que se muerde la cola. Se desea esta oposición cuanto se la teme, en ambos extremos que resultan por igual, en análogas contraposiciones, tan fascinantes como repulsivos. Este movimiento es una de las descripciones

fundamentales de la alquimia occidental, dentro de la cual un exceso de bien se convierte *por necesidad* en mal, y viceversa.³ Pero somos mariposas que no podemos evitar caer en la llama; si la locura del poeta es ella misma un fuego, producirá como éste a la vez bien y daño, su acción será benéfica o nefasta; no obstante, más allá de las caracterizaciones negativas o positivas de sus etapas sabemos que es una fuerza con la que el hombre debe siempre contar a riesgo de carecer del más activo de sus impulsos, el delirio creador. Bajo él aceptamos la confusión universal y el caos cósmico inicial; amamos el exceso, ese elixir sin el cual la vida se vuelve imposible e indeseable; nos sentimos impelidos a un más allá de nosotros mismos.

Bajo el delirio creador, como en el desenfreno de la infancia, recuperamos las condiciones de existencia del pasado mítico, tocamos con los dedos la antigua Edad de Oro hesiódica y podemos vivir, *ser*, fuera del tiempo. En esta exuberancia que no conoce límites no hay prescripciones, ni siquiera hay actos, todo *es*. Éste es el rasgo único de la eterna juventud, el licencioso rostro de la pureza sin rastro, el eterno presente. Todos los grandes ritos cosmogónicos, la mayor



parte de los cuales culmina en los sacrificios humanos, conmemoran esta perennidad; su función real, su *nostalgia*, es una metáfora de reconstrucción del universo; cuando la tierra, los elementos, se ven en peligro de extenuación, se los rejuvenece ofrendando a una criatura privilegiada a través de un acto demencial y sublime que —secretamente— repite de manera simbólica los procedimientos de la cíclica natu-

raleza que, como sabemos, muchas veces enloquece. Y el rito *funciona*.⁴

Otro de los aspectos de la locura en Occidente es el que se presenta con el rostro de la *inspiración*, nombre sacramental del espíritu que se apodera del hacedor y lo impulsa a la creación que, *in strictu sensu*, no es sino la edificación de sus delirios venidos de lo alto. El ser inspirado es un ser predestinado, por lo tanto apartado de los demás y alejado de las preocupaciones vulgares; la fuerza que lo anima lo hace remontar por un acto de gracia los obstáculos y los peligros terrenales, si bien se ve arrastrado y sucumbe ante más hondos riesgos. Para el loco inspirado, el equilibrio está lejos de ser considerado un bien; contención, prudencia, moderación, son a lo sumo antivirtudes frente a las cuales él se coloca en el extremo opuesto, así como en su estructura de vida se sitúa lejos de la seguridad, de lo estable, y no se permite filosofar sino sobre la cuerda floja. ¿Por qué tan precaria metodología existencial provoca semejante respeto e infunde confianza y fuerza a los hombres? Porque esos seres que mueren porque no mueren se han acercado como ninguno a esa región de la que mana el agua pura de la vida y la han concentrado para nosotros en una quintaesencia filtrada de esa eternidad y vuelta obra de arte. El artista inspirado es aquel que, en la persecución de esas voces que lo raptan, sacrifica sin pena la felicidad que lo ataría a la tierra, a lo demasiado humano, a cambio de un destino glorioso; de anularse para volverse espejo del universo.

He mencionado aquí sólo algunos de los aspectos de la experiencia que se ven tocados por la locura; quedan fuera otros igualmente relevantes, como la magia (brujería, adivinación, chamanismo, posesión) y la religión (profecía, mística) que se apartan de las humanas domesticidades tanto o más que los anteriores, pero que se define, igual que los demás, por la dimensión opuesta, la profana razón. Estamos lejos de intentar definir su cualidad específica; la locura impone su redentora hegemonía a partir de *un no sé qué* de imposible captación racional pero de una segura y benéfica irradiación. Con sus obras, productos de la literal enajenación, de lo ambiguo y contradictorio, *imposible*, el ser humano se ve fortalecido y se nutre en la dimensión de lo trascendente; al contrario de lo que acontece innumerables veces con los engendros de la razón humana, ese doloroso delirio. Sus altos productos pueden ser analagados a esas misteriosas entidades que los hombres reciben bajo el nombre de *milagro*: una dimensión del absurdo engendrante y la fuerza con mayor capacidad de significado que la humanidad ha conocido. Algo que Tertuliano formuló bajo un criterio prácticamente inmortal: *Credo quia absurdum*. Que es exactamente lo que acontece cuando se nos dice que Orfeo levantaba templos y palacios con el solo tañido de su lira, y *lo creemos*. De no creerlo, toda la civilización occidental se haría añicos. ♦

³ Esta oscilación —que recuerda la del Koan zen: “Así es la vida: ocho veces abajo, siete veces arriba!”— se expresa en el lenguaje alquímico con la figura circular de la serpiente devorando su cola y se denomina *Enantiodromia*. Imposible no recordar también a propósito la frase de Guimarães Rosa: “Lo bueno hace bien y mal.”

⁴ Así lo ejemplifica la conocida anécdota del físico —no fantasmal— Niels Bohr cuando, interrogado sobre si creía en los “efectos” positivos de una herradura de la buena suerte que se encontraba sobre la puerta de su casa de campo, respondió: “¿Por supuesto que no! Pero, ¿sabe usted?, a mí me han dicho que *funcionan* aunque uno no crea en ellas.”